

**Domingo V de Cuaresma
Ciclo B**



17 de marzo de 2024

Jr 31, 31-34

Sal 50

Heb 5, 7-9

Jn 12, 20-33

P. Eduardo Suanzes, msps

Juan no nos presenta, como los otros evangelistas, la batalla, la agonía de Jesús en Getsemaní. Pero en este pasaje del evangelio podemos adivinar su angustia: *«Ahora que tengo miedo voy a decir a mi Padre: ¿Padre líbrame de esta hora? ¡Ni hablar! Para esto he venido, para darle gloria»* Aquí vemos cómo se encontraron el horror de la muerte y el ardor amoroso en Jesús de la obediencia: porque su alimento era hacer la voluntad de su Padre. ¡Siempre el Padre! Y aquí se unieron, por tanto, la voluntad de Dios que quería decir la Cruz, y el abrazo amoroso de Jesús para acogerla.

En el relato todo comienza cuando unos griegos le dicen a Felipe: *«Quisiéramos ver a Jesús»*. Dicho sea de paso, tal vez porque Felipe y Andrés son de nombre griego, esos griegos que preguntaban se dirigieron primero a Felipe y luego este se hizo acompañar de Andrés para ir donde Jesús. Fuera como fuere, creo que esta es la clave de interpretación de todo el relato que hemos escuchado: *«Quisiéramos ver a Jesús»*. Felipe, junto a Andrés, van con esta petición al Maestro y es cuando él responde: *«Cuando yo sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí»*. ¿Por qué responde Jesús de esta forma a una petición que simplemente expresaba el deseo de alguien por querer verlo?

Es como si esta frase de Jesús fuera la respuesta para verlo. A partir de ahora solo se puede ver, mirar, a Jesús elevado, crucificado, es decir, en el acto sublime y más intenso de su vida, en el que el amor de Dios se desparrama sobre la creación de una manera sorprendente e inesperada. Juan lo dirá más adelante, cuando traspasan con la lanza a Jesús diciendo: *«mirarán al que traspasaron»*¹, de cuyo costado abierto fluye sangre y agua: el amor demostrado (la sangre derramada) y el amor comunicado (el agua-Espíritu). Su costado quedará abierto como comunicación continua de su amor a los suyos. Los discípulos han de experimentar continuamente su gloria, su amor, la que el Padre ha comunicado a Jesús. Es como si Jesús dijera: *«Así me han de ver, así me han de mirar. Ése soy yo, el rostro de la misericordia del Padre»*

Y es que el momento de la “elevación” del Hijo del Hombre, como a sí mismo se llama Jesús, es el momento de la revelación definitiva de su ser y el de la máxima acción salvífica. Además, como en el evangelio de Juan Jesús es, ante todo, el Revelador del Padre, se quiere decir que en ese momento de la “elevación” se revela, en su máximo lenguaje, el Padre.

¹19, 37

¿Cuál es el significado, por tanto, de la expresión? La «elevación» mencionada alude a dos realidades de niveles muy diferentes, pero que el evangelista considera como una unidad. Por una parte, está claro, alude a la elevación material de alguien a quien clavan a una cruz que está sobre el suelo. La crucifixión culmina cuando la cruz es levantada y clavada en el lugar previsto, pues el evangelista aclara: «*Esto lo dijo significando de qué muerte iba a morir*». Está claro que la alusión a la cruz es inequívoca.

Pero en esta acción tan brutal existe otro sentido: la elevación de la cruz es además el signo exterior de la «exaltación» de Jesús en la que es glorificado el Padre: es el punto culmen de la revelación. Es decir, que, en el único acto de la cruz, se unen la muerte y la gloria: la más densa tiniebla y la luz más intensa².

No se puede producir vida sin dar la propia. La vida es fruto del amor y no brota si el amor no es pleno, si no llega al don total. Amar es darse sin escatimar; hasta desaparecer, si es necesario. Jesús va a entregarse por sus ovejas³, ha aceptado la muerte y prevé ya el fruto.

En la metáfora del grano que muere en la tierra, la muerte es la condición para que se libere toda la energía vital que contiene; la vida allí encerrada se manifiesta de una forma nueva. Jesús afirma que el hombre posee muchas más potencialidades de las que parecen, y que ***solamente el don de sí total las libera para que ejerzan toda su eficacia. Pero el don de sí es indeterminado***, es decir, indiscriminado, sin condiciones, sin ninguna pre-determinación, sin ningún cálculo, abierto a todos los seres y a todos, sin excepción, mis hermanos de comunidad.

El fruto comienza en el mismo grano que muere. La muerte de que habla Jesús no es un suceso aislado, sino la culminación de un proceso de donación de sí mismo. Es el último acto, de una donación constante, que sella definitivamente la entrega haciéndola irreversible⁴.

Pues este es el preámbulo del próximo domingo en que ya daremos inicio a la Semana Santa. Así están las cosas en el corazón de Jesús antes de comenzar con su pasión.

² Cfr. HORACIO LONA, SDB. *El Evangelio de Juan*. Ed Claretiana. Buenos Aires, 2000

³ «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas» Jn 10, 11

⁴ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982